

# **LAS COLABORACIONES EN PRENSA DE CAROLINA CORONADO**

## **PARTNERSHIPS IN PRESS OF CORONADO CAROLINA**

**Paloma Fanconi**

Universidad Europea de Madrid

*RESUMEN: En este trabajo se analizan los rasgos y la evolución de la producción en prosa de Carolina Coronado realizada específicamente para ser publicada en prensa, como muestra de los rasgos y evolución de su pensamiento.*

*Palabras clave: Prosa. Prensa. Pensamiento.*

*SUMMARY: In this paper Carolina Coronado's articles are analysed. Their content and their evolution, like an example of her thought.*

*Keywords: Prose. Press. Thought.*

**ACTAS DE LAS III JORNADAS DE ALMENDRALEJO Y TIERRA DE BARROS**

**(18-19 de noviembre de 2011)**

**Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, 2012, pp. 11-28.**

La primera colaboración en prensa de Carolina Coronado es del año 1849, la última de 1904. Sus apariciones son intermitentes, pero vemos que se desarrollan en la segunda mitad del siglo XIX: un glorioso momento para el periodismo literario español.

Poesías y novelas de la extremeña se habían publicado por primera vez en este nuevo soporte, como era usual entre los escritores del momento.

Abordo solamente los textos escritos para la prensa expresamente. No estudio las poesías, porque creo que la mentalidad de la Coronado era la de una poetisa completa, quiero decir, de libro. El hecho de que publicara en las páginas de ciertos diarios algunos poemas, no significa que no sea una escritora con conciencia de obra poética completa, de conjunto, y no esporádica o episódica. En cuanto a las novelas, las publicaciones por entregas son una práctica común del momento. Es cierto que tiene su interés -tanto para lectores como para escritores -el fraccionamiento del relato en el tiempo, porque la intriga respecto a la trama es un ingrediente alentador para el lector curioso. Por su parte, al autor le fuerza a dosificar pensadamente los contenidos, y sin duda, esto afecta a la estructura general de una obra. Pero de por sí, los escritores del momento pensaban publicar en un futuro sus novelas por entregas en volumen.

Ahora bien, a aquellos escritos que se hacen exclusivamente para ser publicados en prensa, aunque luego sean recopilados, a esos que van tan unidos al soporte que casi podríamos decir que sin él no se explican, es a lo que quiero referirme en estas consideraciones que estoy haciendo. El artículo periodístico, en forma de carta, de cuento, de breve, brevísimo ensayo, etc. es un género ya de creación expresa, con sus condicionamientos y casi con su preceptiva. Es verdad que no tiene la tradición de la novela el teatro o la lírica, pero sin embargo revela facetas de los escritores que no plasman otros géneros.

Temáticamente hay en la obra en prensa de la Coronado, dos series de artículos de muy particular interés: “Del Tajo al Rhin” y “Las fiestas en Portugal”. Las separan muchos años. La primera fue escrita en 1851 para *La Ilustración. Periódico Universal*, y fue publicada en siete entregas entre septiembre de 1851 y febrero de 1852. La segunda para *El Estandarte* en 1886.

Son las dos grandes series de la Coronado como corresponsal.

En 1851, con motivo de la Exposición Universal de Londres, Fernández de los Ríos, empresario que dirigía entonces *El Siglo Pintoresco*, *La Ilustración* y *El Semanario Pintoresco Español*, solicita a Carolina que vaya a la capital británica para

que cuente a los lectores de su periódico cómo era la que había de ser primera exposición universal. Inaugura así la Coronado la entrada del sexo femenino en el universo profesional de los corresponsales periodísticos. La siguiente será la Pardo Bazán, años después, para la Exposición Universal de París.

La Coronado viaja “sola”, quiero decir, no hace este periplo acompañada de su marido (todavía está soltera) ni de su madre, y esto último lo señala dolorosamente en el prólogo a las crónicas. Los compañeros de *La Ilustración* debieron de ponerse nerviosos: Carolina no envía noticias, no remite artículos. Efectivamente, espíritu libre donde los haya, la periodista esperará a su regreso a Madrid para posiblemente pulirlas y sacarlas a la luz. El periódico publica la noticia del regreso a España de la extremeña y señala que está ordenando sus papeles y que se irán publicando sus comentarios. Y así fue.

Aparecieron estos artículos en *La Ilustración* en siete entregas: números 39, 27 de septiembre, (págs.310-311) y 41, 11 de octubre, (págs.221-226) de 1851. Y números 1, 3 de enero, (págs.5-6), 2,10 de enero (págs.18-19) 4, (24 de enero, p.38), 7, 14 de febrero (p.66) y 21 de febrero (págs.78-79) de 1852.

Es curioso que el género que elija la escritora sea el género epistolar. Detengámonos un poco en ello.

Señala Carmen Fernández Daza en su imprescindible libro para el conocimiento de la almedralejense, que la Coronado había pulsado ya las teclas de varios géneros: por supuesto la poesía, también la novela –a estas alturas de su vida ya ha publicado varias- el teatro con *El cuadro de la Esperanza*. Se había imbuido de clasicismo y romanticismo con las lecturas y los compañeros de letras. Le faltaba por probar la epístola.<sup>1</sup>

Bien es cierto que la epístola es un género muy apto para la publicación en prensa, porque en prensa debemos siempre pensar que la principal censura la ofrece el espacio, que obliga a la brevedad si queremos exponer un concepto completo. Las *Cartas marruecas* de Cadalso, por ejemplo, fueron publicadas a finales del XVIII en el *Diario de Madrid*, aunque compiladas póstumamente en volumen, y de ahí en adelante hasta nuestros días. Pero, además de la sancionada tradición reciente, la Coronado conocía bien la tradición clásica de la epístola, y aprovecha esta serie de crónicas, al estilo de cartas, para manifestarse.

---

<sup>1</sup> Cfr. Carmen Fernández-Daza, *Carolina Coronado*, Almendralejo, Excelentísimo Ayuntamiento de Almendralejo, 2011.

Desde el modelo de Petrarca, siguiendo sobre todo a Cicerón, se había instalado en el Humanismo europeo la utilización de la epístola como el género literario apropiado para que un escritor, señalando un destinatario concreto, plasmara sus ideas y sus sentimientos, como él quería ser entendido no sólo por sus contemporáneos, sino también por los lectores futuros. Petrarca nos enseña esto magníficamente al ordenar su epistolario al final de su vida e incluir al término del mismo una carta “*A posteritati*”.

Desde ahí, pasando por todo el Renacimiento, Barroco, Neoclasicismo, hasta el momento de la Coronado, que sabe aprovechar bien este magisterio de los grandes y compone el personalísimo epistolario al que nos referimos y que publica en *La Ilustración*. Me parece apasionante este inconcluso conjunto de cartas de nuestra escritora y apunto la posibilidad de que sea leído bajo este prisma, que creo que es su intención, una voluntad que hunde sus raíces en Epicuro con su *Carta a Meneceo* o Séneca con sus *Cartas a Lucilo*.

Quizá, de las páginas más conmovedoras del conjunto que componen la serie “Del Tajo al Rhin” sean las palabras de la “Introducción”. Carolina le dedicó la serie a su hermano Emilio, nacido en 1837 y que tenía entonces 14 años, diecisiete menos que la autora. La unión de la escritora con su hermano menor, a quien ya le había dedicado un grupo de poemas, es bien conocida para cualquier estudioso que se acerque a las páginas de su obra y a los avatares de su biografía. La Coronado había dedicado muchas horas de su juventud a la educación de sus hermanos pequeños -Francisco, Ángel y Emilio- en esa convicción de que la formación intelectual es la mejor manera de preparar a los niños para la vida. Afirma en la dedicatoria:

...ni este paseo lo escribiría tampoco, si no pensara dedicártelo a ti, para quien tiene únicamente importancia que yo cruce el Tajo<sup>2</sup>

Posiblemente no debemos dudar de la sinceridad de la autora con estas palabras. Quiero decir, que al optar por el género epistolar y poner como receptor de la misma a su hermano pequeño, Carolina, psicológicamente, se está defendiendo ante su proceso de escritura. No había probado con el epistolario, pero ya que lo hace, y ella va a descubrir mundo, elige a un niño al que quiere mucho y se dirige a él continuamente, con lo cual sus cartas ganan en amenidad y, sobre todo, quedan teñidas de un tono de espontaneidad, intimidad, claridad y ternura que las singularizan.

---

<sup>2</sup> Cfr. Carolina Coronado, Tomo III, *Obra en Prosa. Ensayos, artículos y cartas. Apéndices*. Edición, introducción y notas de Gregorio Torres Nebrera, Mérida, Editora regional de Extremadura, 1999, p. 63. En adelante, todas las citas de la obra de la Coronado las hago siguiendo esta edición, señalando al final del texto el número de página.

Sorprendidos se debieron quedar los redactores de *La Ilustración* cuando leyeran las crónicas de la Señorita Coronado. Carentes de descripciones superficialmente pormenorizadas sobre lo que va viendo, estas prosas son un desahogo de sensaciones íntimas de lo que provocan en un alma sensible y cultivada espectáculos como la Catedral o el monumento al Cid en Burgos, o el contraste entre Notre Dame y la Catedral de Sevilla que tan bellos versos le inspirara. Esta es la perspectiva, ésta la actitud que acompaña los escritos.

Pero he dicho antes que la escritora utiliza el género para manifestarse. Es comúnmente sabido que hay en la Coronado una serie de temas recurrentes que inquietan su corazón y su mente y la estimulan a plasmarlos por escrito. Son algunos de estos el amor a la Naturaleza, la situación social de la mujer, los agitados movimientos políticos de su momento -que la hacen reafirmarse en su adscripción incondicional a la monarquía isabelina- un profundísimo sentimiento religioso y la muerte. Todos ellos están presentes en estas páginas.

1.- **El amor a la Naturaleza** rebosa por todas partes en las crónicas. Desde Tolosa escribirá:

Yo no me canso de contemplar estas montañas. Mi dolencia ha desaparecido desde que respiro este aire puro y tibio, húmedo y perfumado con la exhalación de los arroyos y de las plantas (p. 77)

Como a tantos españoles meridionales, le llaman la atención los ríos del norte peninsular y los franceses, por su magnitud y su riqueza, por su utilidad fronteriza y su generosidad nutriente. La de la Tierra de Barros, que tanto amor mostró al arroyo Harnina, al Gévoira y al Guadiana, no es ajena a la vida que conlleva un río, y se hace eco, como un elemento vital y fecundo que llena lo que acompaña de vida. El Duero en Burgos, el Bidasoa en Irún, el Adour en Bayona, el Dordoña y el Garona en Burdeos, el Sena en París. Los ríos franceses la reconcilian con el país vecino en varias ocasiones. Los ríos, la belleza de las vegas y lo frondoso de sus lindes, el agua-vida, que hace resurgir el ánimo a veces abatido de la Coronado, a veces crítica, a veces enojada, a veces irónica pero siempre sensible. Es tal su vinculación con la Naturaleza, que hasta en una de las ciudades más grandes de Europa, en París, ve Carolina la mano de la gran madre Natura y hace, en un momento, la siguiente reflexión:

Paréceme, al ver su extensión, que París no es pueblo que está en medio de los campos, sino que son los campos los que están dentro de un pueblo. Son bosques, valles, selvas, llanuras, colinas, ríos y montañas, comprendidos en un círculo que ha trazado el compás de la civilización.

París es un pueblo que se ha coaligado con la Naturaleza, así como Madrid es un pueblo que ha reñido con ella; porque Madrid no es más que una porción de edificios amontonados en un desierto, así como París es un montón de bosques agrupados en un pueblo. En Madrid es todo cal, yeso, madera y pintura: en París los edificios parecen también parte de la vegetación, porque están unidos a ella. Desde aquí veo confundidos los árboles y las casas, los bosques y los monumentos, las riberas y las calles. El bosque de Boulogne, el boulevard, los Elíseos, me parecen desde aquí montes, donde tú, Emilio, temerías hallar lobos, y donde habitan los hombres más cultos y refinados de Europa. (p. 120)

Creo que muy pocos espíritus viajeros a la capital francesa resaltarían de ella cosas como las que señala ella en este pasaje. ¿No es cierto que antes nos fijaríamos en las tiendas, en los escaparates, en los espectáculos, en los vestidos, en los perfumes, en los restaurantes, en las dimensiones, en los museos, en los monumentos o en la elegancia que en sus bosques, en sus árboles, en sus colinas en sus flores o en sus praderas? Pero la Coronado no. La Coronado nació en el campo y vivió en él gran parte de su juventud. Ella, pulida entre las páginas de la biblioteca de su familia y educada en el estudio y la reflexión, sabe bien que la perfección de la Naturaleza es tan sólo imitable para el ser humano. Sabe ser urbana y es muy culta, pero, como toda persona inteligente, conoce bien de dónde viene y la belleza del paisaje extremeño que ha dejado atrás.

**2.- La situación de la mujer.** Sabido es cuánto hería la sensibilidad de la Coronado la situación de postergación social en la que se hallaban las mujeres en su momento. No fue la única, pero su pluma se alzó en numerosas ocasiones en la batalla por la dignidad femenina. Podemos ver en sus palabras el profundo dolor que le producen las situaciones que contempla desde la diligencia o desde el tren mientras viaja por el campo peninsular y francés. Son con frecuencia palabras indignadas, pero hemos de comprender que la indignación siempre tiene su origen en el dolor, en la herida envenenada que provoca el áspid de la injusticia. Narra la autora, que

...un día de esos que predisponen el alma al amor y a la piedad, uno de esos días en que el bandido perdona la vida al pasajero

Tras pasar Mondragón se bajó del coche:

Al fijar mi vista en el fondo de esta montaña he divisado en las praderas mujeres trabajando en el suelo.

Me han dicho que los hombres están holgando en las casas.

¡Bravo!...veo que estas gentes han declarado ya a la mujer apta para seguir a toda carrera igual a la del hombre, incluso la de las armas. Una mujer en las provincias

vascongadas puede ser médico, literato, abogado, diplomático y guerrero por la razón misma que es cavador, arador, leñador, segador y carretero. La razón que ha dado el sexo fuerte para no permitir al sexo débil que se entregue al estudio y las fatigas de los cargos públicos es el justo temor de que desatienda sus deberes y se le asimile hasta el punto de confundir la condición de la mujer con la condición del hombre.

Pero una vez condenada al trabajo de los hombres en el orden físico, quedan libres para ocuparse de sus mismos trabajos en el orden moral. Si el hombre se encarga de arrullar al hijo y aderezar los alimentos en tanto que la mujer cava la tierra, lo mismo puede encargarse de ello en tanto que la mujer defiende un pleito ‘... ¿Es posible que el egoísmo de los hombres llegue hasta tal punto que transijan en el orden físico con estas impropiedades del trabajo sólo porque esto conviene a su comodidad? Tantas caricaturas como se han hecho para la mujer que toma la pluma, ¿por qué no se han hecho para la mujer que toma una azada? (pp. 79-80)

Es fantástico el contraste. Era “un día de esos que predisponen el alma al amor y a la piedad”. Cuánta felicidad anidaba en su alma ese nueve de julio, de brisa primaveral, mañana de tormenta que no estalla y día de arcoíris en el aire. Imaginamos perfectamente el corazón de la Coronado en esos momentos. Una de esas mañanas doncellas en que el corazón se alza al Creador bendiciendo su nombre por sus obras y participando, por ellas, de la Caridad universal. Pero qué decepción después, al contemplar el paisaje manchado de mujeres explotadas y vejadas en el mismo seno familiar. Mujeres que trabajan baldadas mientras sus maridos huelgan. Es el dolor, ya lo he dicho, lo que la lleva a la indignación. Parece como si esa tormenta que amenazaba el día, descargase fieramente en su corazón, si no en la tierra. Todo se torna distinto. Ese día el bandido podía perdonar la vida al pasajero, antes de ver tal espectáculo, pero después de verlo ya no.

**3.- Los agitados movimientos políticos del momento** que la hacen sumarse incondicionalmente a la monarquía isabelina.

Desde Tolosa, el 9 de julio, se lamenta Carolina de la espantosa guerra carlista que ensangrentó la zona. Y deja caer su animadversión a los partidarios de don Carlos con estas palabras:

Por dicha ha cesado ya; aunque todavía, al doblar un cerro, al descender un valle de este pintoresco país, veo bajo la boina el rostro del faccioso negro y sombrío, animado todavía por el rencor y la pena. Aún no se ha apagado en sus ojos el siniestro reflejo de cuando tuvo la esperanza de vencer y la posibilidad de vengarse... (p. 76)

Pero esa pena que siente por las guerras civiles que ensangrentaron nuestro país en el siglo XIX, no es el mismo sentimiento que experimenta ante los horrores de la



revolución francesa. Las páginas, que Dumas escribió sobre España en su famoso *Impresiones de viaje. De París a Cádiz* y que cinco años antes había ido publicando en forma de cartas en *La Presse* el novelista francés, vienen a la memoria de la escritora cuando atraviesa el desierto de las Landas francesas:

Ahora permíteme, Emilio, que faltando al propósito de referirte cuanto me suceda en el viaje, no te cuente las fatigas de la jornada de hoy al atravesar las Landas. Creería la gente si yo te hiciera una exacta descripción de la ingrata aridez, de la horrible tristeza de estos desiertos y de la espantosa miseria en que viven sus pocos habitantes, que me proponía vengarme de Mr. Alejandro Dumas por aquellas cartas que escribió sobre España y África. Verdaderamente qué ocasión tenía ahora para pagar los insultos que hizo a nuestro país solamente con que descubriera cuanto he visto en la jornada de hoy. Mujeres tirando de carretas, muchachas en esqueleto, amarillas y desnudas, dirigiendo manadas de animales que no tienen de ovejas sino el pellejo, y guardadas por perros que ladran de hambre... Aldeas llenas de niños extenuados que salen penosamente al camino a pedir limosna...

¿Qué maravilla sería que Alejandro Dumas hallase estas desdichas en España, siendo nosotros, como él dice, un pueblo que no tiene ni civilización ni libertad [...] Pero un pueblo como la Francia, que es tan civilizado, que es tan perfecto, que se atreve a escribir a la entrada de sus puertas Liberté, Egalité, Fraternité, ¿cómo se atreve a tener desiertos y mujeres que tiren de carretas, y criaturas que perecen de hambre? [...] Pero me olvido de que estoy en Francia, de que la policía es activa, de que la palabra monarquía es aquí un crimen. Esta misma palabra que allá es una virtud... ¡Oh! los diablos cuando se pongan a hablar de política en su mesa redonda, como se burlarán de los hombres.” (pp. 92-93)

Efectivamente tenía recientes las revoluciones del 48, iniciadas en el país vecino, pero lo que verdaderamente le produce tristeza es la Revolución Francesa de 1789, base para todas las demás, por lo que tuvo de sangriento y vengativo.

Describiendo su periplo por los cementerios subterráneos de París, leemos:

Hay en el subterráneo dos capillas, llamadas una la tumba de la Revolución, y otra la tumba de las Víctimas. Esta división entre ambas cosas, que me parecen una sola, me hace meditar mucho sobre el talento subdivisorio que tienen los franceses. La revolución fue la que hizo las víctimas, y a estas podía dárselas tumba. La revolución era la causa, y las víctimas el efecto. La idea se expresaba claramente, consagrando una tumba a las víctimas de la revolución, como los españoles la tenemos a las víctimas del dos de mayo, Pero abrir una tumba a las víctimas y además otra a la revolución, parece que indica que los franceses no sólo entierran a los hombres, sino a las ideas. Indudablemente han querido demostrar que la revolución quedaba enterrada, pero esto es del todo falso. Lo que han demostrado es que hasta en las tumbas se oculta en París la revolución; que hasta los muertos son revolucionarios. (p. 130)

Por la postura ante ambos acontecimientos, vemos que Carolina es extremadamente sensible a los actos de violencia. Aborrece esos sentimientos de rencor y venganza que conllevan los enfrentamientos entre compatriotas. Tanto en las guerras carlistas, como respecto a la Revolución Francesa, la Coronado piensa que la paz y el orden son valores que han de defenderse. Por eso, manteniendo esa postura liberal, acorde con la tradición de su familia, defiende la monarquía de la reina Isabel. Cuando refiere la conversación que mantuvo con Victor Hugo, éste le preguntó:

¿Sois felices con la monarquía?

Creo que somos menos desgraciados que Francia con la república

¿Amáis a vuestra joven reina?

¿Y cómo no amarla, señor, siendo tan buena?

Pero allí también hay luchas, hay trastornos.

Sí; pero no los produce el pueblo español

¿Pues quién?

El pueblo francés, que como un gran vapor que cruza el Sena, conmueve a las barcas que navegan tranquilamente por su orilla. (p. 149)

**4.- La muerte.** Es éste un tema que concilia a la Coronado con sus contemporáneos románticos. La inclinación por la descripción de los cementerios y las consecuencias que en la vida de los demás tienen las muertes ajenas, recuerdan el influjo que en sus primeros años tuviera sobre ella su paisano Espronceda. Cuando la Coronado llega a París, lo primero que visita son los cementerios, luego las catacumbas. Es verdaderamente insólito. Parécenos fruto de una obsesión, y desde luego una ocurrencia particularísima. Es cierto que leyendo esta crónica del París de los muertos y pensando sobre ella, nos damos cuenta de algo verdaderamente significativo: posiblemente lo que le interese a la Coronado es cómo tratan los vivos a los muertos. Porque en realidad no hay en ella un temor a la muerte, nada por el estilo. Es más, la trata como algo completamente natural. En realidad, como una transformación del cuerpo. Parece como si censurara el olvido y como si fuera plenamente consciente de que son nosotros dentro de un rato. En realidad, pensando sobre las descripciones que sobre las tumbas y túmulos hace la Coronado, me parece que lejos de ser un tema tabú, quiere reflexionar y recrearse en la falta de tremendismo que tienen los hechos naturales. Todo, así, es coherente en nuestra escritora. Lo natural siempre es tratado con asombro, pero no con miedo. Lo natural brota del plan divino, y lo que es antinatural: las guerras, los abusos, es lo que teme y lo que censura. Por eso, cuando visita el

cementerio del Este, leemos unas esclarecedoras frases que explican, creo, muy bien, la coherencia de su pensamiento:

Después de una larga travesía llegamos adonde se elevaba la cruz, a cuyo pie había hacinadas más de mil coronas que subían rodeándola como una cadena. Un concurso de mujeres, de ancianos y de niños, al parecer pobres, rezaban en torno de este sencillo monumento, que me heló de espanto cuando supe por una de aquellas mujeres, que era la fosa común. Una hoya de 80 metros de longitud por 4 de anchura, está siempre abierta para recibir a los muertos pobres. En aquella fosa es donde ha resuelto la Francia el gran problema del comunismo. El malvado envejecido en los crímenes harto de beber sangre humana, y el niño que aún no ha tomado más alimento que la leche del seno de su madre; la mujer depravada y envilecida que muere gangrenada por el vicio, y la doncella castísima y pura cuya frente pálida resplandece aún muerta con la aureola de la virtud, caen confundidos en aquella profunda sima, donde los huesos se chocan, donde los cabellos se enlazan, donde las cenizas se confunden... [...] “Oh, qué cosa tan horrible posee la Francia! ¡Un cementerio donde los pobres no tienen cinco pies de tierra en que poder dormir el último sueño! (p. 115).

5.- Un **profundísimo sentimiento religioso**. Sabido es el hondo sentimiento cristiano, de adscripción absolutamente católica que alberga el alma de Carolina Coronado. Un sentimiento de amor al Crucificado en el que no hay fisura nunca a lo largo de su vida. Ella cree firmemente que es el Altísimo quien la sostiene, y de esa inalterable fe brotan el resto de sus inquietudes: el amor a la Naturaleza, que es amor a su Creador y veneración por las criaturas como tales. El dolor por la situación de la humanidad, condensada en el sexo femenino, explotada por la otra mitad, la tristeza ante las luchas fratricidas que no traen más que tristeza dolor y muerte. Todo en la Coronado está impregnado de deseos hacia la divinidad, a la que ama con el corazón y a la que no pretende comprender con la mente. Posiblemente, porque es de esas almas que piensan que un dios inteligible, completamente comprensible, no le satisfaría. Prefiere al Dios del cristianismo, al Hijo de María, adora la Cruz y se emociona con la piedad popular – de la que es fiel seguidora- que llora la muerte del Hijo del Hombre, celebra el nacimiento del Niño en Belén y se alegra gozosamente ante el misterio del Resucitado. Por eso censura severamente al impío e irónico Voltaire, declara su respeto por los judíos, que adoran al Dios verdadero y confiesa no ver que haya peligro de que los cristianos se conviertan al Islam, cuyo Dios considera artificial.

Refiere de Notre Dame:

Pero si desconsuelo me ha causado, Emilio, ver la fachada del templo, más desconsuelo me ha causado la contemplación de sus capillas.

La Virgen no tenía en torno de sí la numerosa corte de ángeles, de arcángeles y de serafines que tiene en España. La cera ardía escasamente en el desamparado altar. Las devotas rezaban sentadas en cómodas sillas, cuyo alquiler iba recogiendo un cobrador de la empresa.

A la primera mirada se conocía que la industria del pueblo francés no estaba al servicio del culto, sino que el culto servía para el beneficio de la industria, y que por eso las damas ostentaban tanta riqueza en los devocionarios. Un no sé qué de frío, de indiferente, de prosaico, se advertía en aquellas ceremonias, que en España arrebatan nuestra alma al cielo. (p. 137).

Qué diferencia a esa cándida piedad que se respira cuando refiere los sentimientos que la Virgen le inspira:

Tú no sabes, Emilio, qué inefable placer he sentido al ver a la Virgen María; paréceme que no soy extranjera en París teniendo a ella aquí también su santa casa, y paréceme que he venido acompañada de mi madre. La Virgen María es, Emilio, como la luna, que a todas partes nos sigue, que por todos los países la hallamos, que en todos los climas nos ilumina. De catedral en catedral he venido viendo a la Virgen sobre sus altares, y a la luna sobre las bóvedas. ¡Tú te acordarás de cuántas veces en la ermita de Bótoa hemos visto a la Virgen a la luz de la luna, y cuando algún día viajes como yo, melancólica y sin nuestra madre, veras cuántas veces te acuerdas de aquella Virgen y de aquella luna! (p. 134)

La Virgen de Bótoa, la Virgen campesina, a quien tanto quiso esta pacense, que no olvidó cuál era su tierra y qué madre la acogió.

Pero las publicaciones en prensa de la Coronado no se limitaron a esta tarea de corresponsal para la *Ilustración*. En *La Discusión* empieza a publicar, en 1857, su *Galería de poetisas españolas contemporáneas*. Ya en la *Introducción*, el día 1 de mayo, señala que su propósito era hacer un libro, pero que no llegó a publicarse. Posiblemente igual que con las crónicas a su hermano, pero con la diferencia de que en éstas escribe como una profesional a la que le encargan un trabajo, un trabajo que ejecuta muy a su manera, como hemos visto, un trabajo que, creo, sobrepasó -como he ido indicando, los límites de la tarea del corresponsal, para convertirse en un epistolario íntimo aunque publicable, porque lo fue. No cuenta, como era el objetivo inicial, cómo fuera la exposición de Londres, pero ya tenía suficiente prestigio y soltura literaria como para poder permitirse el lujo -y quiero destacar que se lo permitió- de dejar la obra abierta, inconclusa, como tantas obras de la Literatura de los géneros mayores.

La Carolina del 57 de la *Galería de poetisas contemporáneas* dista mucho de la de las crónicas del 52. Ya no está tan segura de la conveniencia de las reivindicaciones

femeninas. Ahora es una mujer casada. Como ella dice, ha viajado, ha leído y conocido otras culturas y muchas mujeres diferentes. Ahora escribe:

Afortunadamente no se publicó mi libro como estaba preparado: y me trasladé a otros puntos de España y visité países extranjeros donde pude rectificar mis juicios de tal manera, que temo no se haya verificado en ellos alguna reacción exagerada como son todas las reacciones. Desde mi modesta abuela que no salió jamás de su casa sino a misa con sus antiguas sirvientas, hasta la elegante francesa que no entra en su casa sino por casualidad, desde la extremeña que no sabía leer ni escribir hasta Jorge Sand que escribe lo que no se debe leer, hallé tan pasmosa distancia que quedé confusa con el contraste. Tomando por punto de partida la villa donde nací, que conservaba las tradiciones del siglo XV, la mujer me parecía la esclava del señor feudal; concluyendo en París, la mujer me parecía el hombre. (p. 157)

Sin embargo, no veo en esto una traición a sus propios ideales. Es sencillamente que ve la necesidad de moderación en todo. Teme que el hecho de reivindicar la pisoteada dignidad femenina desemboque, por exageración, en la pérdida de la feminidad. No es que varíen sus ideas, es que ha madurado su persona. Como se ve también, en la segunda de sus crónicas, *Las fiestas en Portugal*, que publicó en *El Estandarte* ya en 1886, el cambio de perspectiva que se ha operado en ella. Una escritora de la sinceridad de la Coronado, no finge en este tipo de escritos, y la Carolina que cubre desde Lisboa bajo el seudónimo de *Conde de Magacela* las bodas del heredero del trono de Portugal con la princesa de Orleans, es –y se nota– una mujer que domina el mundo de la diplomacia con soltura. No en vano lleva ya 30 años casada con Justo Horacio Perry, secretario de la embajada de EE.UU.

Pero hay rasgos de carácter e ideas clave que son una constante en ella. Uno de los más relevantes es la ironía. Famoso es el artículo que publica en *La Ilustración* en el número 7 del año 51 titulado “Que en España se adelanta lo mismo viajando en vapor que viajando en camello” (a la señorita Ángela Grassi) en la que relata un accidentado viaje de Aranjuez a Madrid en tren. Hay muchos puntos de ironía también en las cartas que hemos visto dedicadas a su hermano y publicadas en este mismo periódico. Para disfrutar del sentido del humor de la pacense, reproduzco una carta que el 17 de junio del 57 publica en *La Discusión*, y que desde entonces no ha vuelto a ser editada. Precede la epístola a la primera entrega de su *Galería de poetisas españolas contemporáneas*. Como hemos señalado, la introducción es del 1 de junio. Carolina explica al director del periódico, y por tanto a todos los lectores del mismo, el motivo de que haya tardado un mes y medio en salir la primera parte de la serie.

Señor Director de La Discusión:

Muy Sr. Mío y mi estimado amigo: cuanto permití que Vd. insertase en su periódico la introducción a la Galería de Poetisas que me propongo publicar en él, no era mi ánimo que entre la introducción y el primer artículo mediase el espacio de un mes. Al partir a mi país había entregado a V. el manuscrito para que se publicase a principios de mayo, juzgando estar de vuelta para ese tiempo, y así hubiese acontecido si para venir de Mérida a aquí no hubiese tenido que emplear diez y seis días. Yo emprendí el viaje porque sabiendo que hay sillas de postas establecidas entre Madrid y Badajoz, imaginé naturalmente que debía haber camino. No se me ocurrió, que donde no hay camino pudiese haber postas, ni que fuesen tan ingeniosos los gobiernos, que por la sola razón de que no se rompen las valijas en el tránsito discurriesen establecer asientos para personas. Sin duda han pensado ellos: ¿por qué no puede ir un hombre, una mujer, un niño como va un pliego? Es verdad, pueden ir. ¿Pero vivos? Esta es la duda. O por mejor decir, ya no hay duda de que alguna vez se vive después de aquel viaje. Comprenderá V. bien que en España no haya carreteras, ¿por qué ha de haber aquí carreteras? Comprendería V. también del mismo modo que como en otro país vecino viajásemos en camellos. ¿No son los árabes tan buenos como nosotros? Pero lo que acaso V. no comprenderá, no habiendo hecho un viaje a Extremadura, es que tengamos sillas de posta francesas, que arrebatadas por el feroz impulso de mulas y mayores, salten por cima de riscos, desgajen a su paso encinas, sobrenaden en los lagos y vayan a hundirse en los abismos sepultando en el cieno a los viajeros. Yo tampoco exijo que haya carreteras. ¿Qué entiendo yo de las causas que lo impiden? Jamás ambiciono lo que no pueda ser, pero lo que yo pediría si fuese diputado es que no haya sillas correos, porque incesantemente caemos en el lazo de entrar en ellas como si estuviesen hechas para nosotros.

Puesto que por haberse suprimido lo que se llamaban antes caminos, con el pretexto de mejorarlo, y es verdad que no existe camino alguno ni malo ni bueno ¿no le parece a V. que podrían suprimirse las postas y por consecuencia los billetes? Si es V. diputado explíquelo V. en el Congreso. Pregunte V. quiñen es el empresario del camino de Extremadura; diga V. que allí está la piedra amontonada bajo los hilos del telégrafo eléctrico todo lo largo de la vía, redonda como las balas en un campo abandonado por el enemigo. Asegúrese V. que las gentes se contentaran con el que camino estuviese como estaba antes en tiempo de nuestros abuelos; porque podía volver a marchar por él las galeras, y jabría paso para las caballerías menores en las cuales se hacía el viaje tan cómodo, tan presto y tan seguro! Ya hace muchos días que yo por esos medios de comunicación, hubiera podido estar de vuelta en Madrid, sin haber corrido el peligro de ahogarme cuando me dejaron caer en el lago. Pues repito a V. que si va a Extremadura en la silla-correo, no en cuarenta horas como dicen sino en una semana, o no se vuelve nunca a Madrid o se vuelve medio ahogado. Por esta explicación conocerá V. que no

me fue dado escribir cuando lo ofrecí, cuando debía y cuando quise hacerlo. Si mi obra no ha perdido la oportunidad puede V. insertar mi primer artículo.

Es de V. s.s. s. q, b. s. m. Carolina Coronado

Vaya pues, con este magnífico texto, la muestra de cómo un rasgo característico de sus primeros escritos -la ironía-, no ha cambiado en la escritora unos años después.

Un sentido del humor espléndido que observamos en el “Diálogo entre dos ingenios o el día de los difuntos: Larra y Espronceda.” Es un homenaje de la Coronado al gran maestro del periodismo literario en España y al querido paisano que la acompañó en sus primeros pasos poéticos. El diálogo en que censura el festejo y el gasto que se produce el día de difuntos en los cementerios. Larra y Espronceda están enterrados uno junto al otro y comentan lo que van haciendo los vivos cuando van a visitarlos. Larra, a pesar de haberse suicidado, fue el primer español enterrado en sagrado, y el hecho se recalca con la frase:

No basta ya para huir de la sociedad el que un hombre se suicide, porque hay día de difuntos y engalanan nuestros nichos.” El artículo del *Pobrecito Hablador* “El día de difuntos de 1836” es recordado literalmente en las siguientes palabras que pone en boca de Espronceda:

El cementerio lo dejamos en Madrid, Madrid es el cementerio. El verdadero pueblo son los cementerios. Atravesemos sus calles. Examinemos sus casas [...] No hay máquina, no hay cilindro que imprima como la muerte la historia de la humanidad...sin censura. Nuestros esqueletos son los telégrafos de la posteridad. (p. 305)

Es en realidad la misma actitud que hemos visto al repasar la visita a los cementerios de París ya comentados. También en esas páginas, escritas años después, cuando va a visitar el sepulcro de Leandro Fernández de Moratín, que estaba entre el de Molière y el de Lafontaine, hizo la Coronado la siguiente reflexión:

Dos grandes poetas franceses tienen su sepulcro al lado del ilustre poeta español como para darle compañía. Allí están como tres amigos que cansados del bullicio de las ciudades se han ido a vivir pacíficamente a la soledad de los campos. Tal vez platican entre sí, tal vez Moratín cuenta a Molière y a Lafontaine las desgracias de España, y tal vez ellos le responden consolándole sabiamente en su destierro. (p. 116)

Es, como vemos, el mismo pensamiento: en un texto tratado con ironía, en otro con dolor.

El primer artículo de la Coronado es de 1849. Lo publica *El Clamor Público*: periódico progresista que empieza a editarse en 1844 y se cierra veinte años después. “Las cenizas de Carlos Alberto en la Bahía de Cádiz”.

Es un texto sobre Carlos Alberto de Cerdeña, que había muerto el 28 de agosto en Portugal. Un buque, *El Mozambano*, trasladaba sus restos mortales de la ciudad portuguesa a la isla mediterránea para que fuera enterrado. El artículo está fechado el 30 de septiembre. Es un texto breve, pero lleno de romanticismo. El tema daba pie a ello. La madrugada nubosa, la niebla sobre el océano, los cañonazos en honor al regio difunto, la muerte, el muerto... Y la autora manifiesta e imbuje el ambiente de un sobrecogimiento escalofriante: la capilla, el túmulo...son los primeros pasos de Carolina periodista, de Carolina cronista, y siempre, siempre, sus impresiones, su sensibilidad, su dolor. El perdón de los españoles al belicoso monarca que regresa muerto a su tierra tras verse obligado a abdicar en su hijo Víctor Manuel II.

En este mismo periódico dos años después, publica “Suicidio de un poeta en el último día de Carnaval”, un texto dolorosísimo. ¿Por qué se suicidó el joven José Iza?

Se ha dicho que estaba loco, y esto no es cierto, Iza padecía una enfermedad todavía más grave: había perdido la fe. Iza no creía en el amor, ni en la amistad ni en la gloria. Iza abrigaba en su corazón el veneno de la sátira; no pudo derramarlo escribiendo, y le abrasó las entrañas. La Víbora, fundada por él, hubiera dado un desahogo a su espíritu concentrado; la prohibieron y se mordió a sí misma. Su enfermedad era temible. Era la del inmortal Larra; pero más activa, no le permitió vivir hasta los treinta años. A los veinte lo destruyó. [...] Y se tiró en canal. Ese es el tipo de nuestra juventud. Posee talento y no tiene constancia; atesora ambición y no tiene paciencia; desafía al inmenso Atlántico y naufraga en una charca; canta con soberbia y muere con ignominia; aspira a la gloria del héroe, y busca la tumba del sapo (p. 333)

Es el mismo dolor que expresa en “El suicidio de los niños”, publicado muchos años después, en 1896, en *El Siglo Futuro*. En este triste artículo, Carolina denuncia la mentalidad que está dominando la sociedad del momento, en la que se hacen progresos científicos de primer orden, pero en la que hay un retroceso moral también de primer orden que se refleja en el número creciente de suicidios: “Hace algunos años que la prensa empezó a publicar la crónica de los suicidas, y nos espantó.”

Tras tanto tiempo sin publicar, irrumpe en la prensa española con un artículo de esta jaez. Otra vez la muerte. ¿Por qué rompe su silencio?

He señalado que a Carolina no le asusta la muerte, y me reafirmo en ello, porque la ve natural. Pero es que el suicidio no es una muerte natural. Esa muerte autoprovocada que va creciendo en frecuencia en las sociedades modernas sí le aterra. Porque ya ve suicidios de niños. ¿Por qué se suicida la gente? No porque estén locos, sino porque como Iza tienen una enfermedad más grave: han perdido la fe. Ese es el mal



que cercena las vidas de tantas personas. La falta de fe. La falta de fe en el amor, en la amistad. La muerte sí, parece decir Carolina, pero no la provocada. Si se suicidan los niños, se están suicidando ya los venideros, los que todavía no han podido desengañarse, los que no han perdido la fe porque, si la sociedad les deja, lo que están haciendo es empezar a adquirirla: fe en sus madres, fe en sus familias, fe en el amor, fe en la amistad. Pero si todos esos valores se pierden, ¿en qué tendrán fe los niños?

Carolina Coronado fue periodista poco tiempo: del 49 al 52. Tras su matrimonio con Horacio Perry aparecerá en la prensa muy esporádicamente. Pero la última vez que lo hace, en 1904, es con un artículo titulado “Un libro sin letras. Confidencia a mis amigos íntimos”, bajo el seudónimo de Conde de Magacela, que ya había usado en la serie Las fiestas en Portugal. Es en sí toda una ironía. Es un diálogo entre el conde y su editor, en el que el de Magacela, regresa a España tras diez años de viajes por el mundo ilustrando su cultura para poder escribir cosas serias. Considerándose ya preparado para ello, visita a su antiguo editor ofreciéndole esta nueva faceta de su obra, pero el editor le dice que no puede publicar cosas serias porque no se venderían, que las que ofrecía antes: crónicas de salón, diplomacia, viajes, tendrían mayor aceptación para el público del momento. Las cosas han cambiado mucho. Acuerdan publicar el ficticio libro Un libro sin letras, dedicado al editor. Éste lo acepta, y solicita que sea ligero, al menos en las cien primeras páginas, y sugiere:

Otra cosa se me ocurre, Conde.

Diga Vd.

Por más que asegure que antes escribía simplezas, ya se descubría algo serio en sus escritos; y habiendo pasado años, y suponiendo todos que Vd. ha adquirido conocimientos, su nombre de Vd. va a escamar a los suscriptores. Sería mejor que tomase Vd. un pseudónimo.

No tengo inconveniente.

Y si pudiera se nombre femenino mejor.

Nada más fácil.

Lo digo, porque exceptuando a la gran literata Emilia Pardo Bazán, y alguna otra que no recuerdo, las escritoras españolas, en general, no asustan por su erudición.

Yo tengo una paisana, parienta mía, cuyo nombre puedo usar.

¿Escritora?

Ha escrito versos y no es erudita,

Esa es buena. ¿Cómo se llama?

Carolina Coronado.

¡Inmejorable ‘para nuestro plan! Todos caerán en el garlito. Manos a la obra.

Adiós, amigo mío.

Adiós, querido conde (pp. 413-14)

El artículo lleva por título: “Un libro sin letras. (Confidencia a mis amigos íntimos)”. Lo escribió en Mitra, el 1 de octubre de 1904, pero lo publicó en la *Revista de Extremadura*, porque sus amigos íntimos...estaban allí.